

# Fiestas íntimas

El día primero de año, al pie del ascensor de la casa donde viven unos amigos míos, los vecinos madrugadores pudieron contemplar la repugnante basura producida por los efectos de dos alcoholizados. Según rumores, se trataba de un matrimonio joven, que había pasado *alegremente* la Noche vieja. Hace diez o doce años, en Barcelona, no se podía encontrar un borracho ni en las callejuelas donde el vicio ha adquirido carácter endémico. Entre *la gente bien* y muchos sectores que viven al dictado de las películas exóticas, hoy en día ya no se considera la embriaguez como un denigrante estigma. Llevar unas copitas de más, o una *trompa*, en el lenguaje aristocrático-burgués, es otra de las *gracias* que padecemos.

No hace muchos meses me explicó una muchacha que no es *swing*, pero sigue la corriente, que en los bailes familiares — y no hay que hablar de las verbenas — se ven casos en que el bailaror se siente mal en forma tan intempestiva, que confunde el lavado con el vestido de su pareja.

Y no sólo son los muchachos quienes pierden la noción de la realidad, después de unos cuantos combinados. En la Noche vieja también se vieron varios ejemplares femeninos en idénticas circunstancias.

¿Es que se trabaja de pobrecitas huérfanas?

No, señor. El *papy* y la *mamy*, a lo mejor, corrían otra juerguecita o estaban en la luna.

Recuerdo que una señora, en cierta ocasión, al comentar la libertad extrema en que dejaba a sus hijas, o sea permitirles ir solas por la noche, sin preocuparse de adónde iban y quién las acompañaba, se excusó diciendo:

— ¡Ya sé que esto está mal, pero si todas lo hacen! ...

¡Todas, no, mi distinguida señora! Hay muchas miles de ejercitantes, de conducta ejemplar, y éstas, enténdalo bien, no se quedan para vestir imágenes, y el honroso nombre de cristianas no lo llevan como

un sombrero de última moda, sino dignamente y en el profundo respeto que se merece la Sangre derramada en el Calvario.

Las cosas han llegado a tal extremo, que el esconder la verdad sería una traición. Se está viviendo un clima suicida. Vuelvo a repetirlo. El catolicismo no es un abrigo de última moda para cubrir repugnantes harapos. El catolicismo se lleva en el corazón y exige ineludibles sacrificios. No admite, enténdalo bien las madres que discuten las disposiciones de la Jerarquía eclesiástica, que se juegue con el peligro. Exponerse a pecar gravemente ya es falta mortal. Antes, la mujer casada era una especie de poder moderador de las pasiones de su cónyuge. Era quien formaba el alma de sus hijos. Era quien castigaba sus precocidades. El amor pudo hacer milagros. Hoy el amor en muchos hogares ha sido sustituido por la concupiscencia. La inhibición de los padres resulta muy cómoda, mientras no sucede lo irreparable. La muchacha que lleva unas copitas de más resulta muy moderna, muy *swing* y también *hace gracia*. ¡Dice unas tonterías! ¡Es una monada! Pero una monada irresponsable, que puede caer en un precipicio, donde la buena sociedad ha puesto aquel letrero dantesco: ¡*Lasciate ogni speranza!*

¡No todo está podrido en Dinamarca!

Somos legión los católicos conscientes de nuestros deberes. Las lágrimas de nuestras hijas no han de vencer nuestra voluntad. Somos soldados de Cristo y en ninguna milicia se tolera a los cobardes.

Seguir ciertas costumbres modernas en pugna contra la Iglesia católica es escupir al cielo. La paz de que disfrutamos es un verdadero milagro de Dios. Ama a Dios y haz lo que quieras, dice San Agustín. Ante ese océano de ingratitudes, la persona que medite un poco ha de sentir escalofríos.

JUAN SINCERO

(De «Perseverancia»)

## 1.000 PESETAS EN LIBROS

El Consejo Diocesano ha organizado para la Fiesta del Libro un sorteo en el que el primer premio lo constituyen libros por valor de MIL ptas., a escoger por el interesado; siguen además otros premios, también en libros.

Para adquisición de números, en el Centro.